

El pacto / Río abajo

Paula Ithurbide



El pacto / Río abajo

Paula Ithurbide

Título: El pacto / Río abajo
2018 © Paula Ithurbide
www.paulaithurbide.com
paulaithurbide@gmail.com

Primera edición digital 2018
Digitalizado en México



Diseño de tapa: Paula Ithurbide

El pacto / Río abajo - Paula Ithurbide © Todos los Derechos Reservados - 2018

Permisos más allá del alcance de esta licencia escribir al correo: paulaithurbide@gmail.com

Índice

El pacto / Río abajo.....	4
Chac Mool Taquería.....	6
Ese papelito que vale un millón de pesos...	7
El inquilino ideal.....	8
Deshumanizados.....	11
Monte Queso.....	13
Noche porteña.....	18
Un vaso de agua.....	20
Abrazada a Lupita.....	21
Zapatito.....	24
Vaivenes de un esqueleto.....	26
El caso de la pizza engullida.....	29

El pacto / Río abajo

Junio y yo nos íbamos para nunca más volver. Aquella despedida tenía mucho más de última cercanía que posibilidades de regreso. Jorge y yo veníamos arrastrando resacas de burocracia argentina: horas de espera, coimas para entregarnos mi pasaporte, viajes a Buenos Aires y una densa sensación de impotencia que se disipaba esa mañana minutos antes de abordar mi vuelo. Argentina me expulsaba de su jurisdicción con una patada en el culo después de despojarme de casi todo. El motivo para llorar era ver a Jorge frente a mí por última vez, había que quemar las naves y yo juré no volver jamás a pisar aquel suelo austral. Habíamos viajado toda la noche desde una Mar del Plata congelada, llegamos a Retiro y para hacer tiempo nos tomamos un cafecito en la terminal. No recuerdo de qué hablamos. Tal vez lo importante ya estaba más que sabido y pactado entre nosotros y solo quedaba conversar de trivialidades para hacer menos tensa la espera. Aún no amanecía y fuimos en busca de las combis que llevan a Ezeiza. Esos movimientos siempre se recuerdan en cámara lenta por ser umbral de grandes momentos. Con el sol levantando la helada estábamos en el aeropuerto y repetimos el ritual del café. Yo miraba la hora y verificaba mi documentación en evidente señal de ansiedad. Llegado el momento le dije a Jorge que se quedara allí sentado frente a su café, que mejor yo me iba como quien no quiere la cosa para hacer más fácil la despedida. Tampoco recuerdo si hubo abrazo o palabras, sólo me acuerdo de la luz de la mañana entrando por los ventanales, la gente alrededor ajena y en sus vidas, las dos tacitas de café, la campera negra de Jorge y mis pasos sin mirar atrás.

Era mi segundo nacimiento y esa segunda vida me la dio mi papá. Desde hacía varios años yo andaba perdida en un entorno hostil y no era mi culpa no crecer, ¿cuántas posibilidades tiene una planta de florecer en el desierto? Lo peor fue buscar refugio en un garage sin ventanas y con ratas

que según el clima y su ánimo pasaban a cagar mi cama. Y de ese hoyo me sacó Jorge llevándome a vivir con él.

Compartíamos un pequeño departamento en el centro de Mar del Plata, dormíamos en el mismo ambiente y él cocinaba pizza, ñoquis, pollo y me traía facturas para el mate. Nos reíamos mucho, nos queríamos más de lo que demostrábamos. Y en esas charlas de sobremesa surgió el pacto, mientras un triángulo de sol se deslizaba por el piso y leíamos los suplementos del Clarín del domingo. Acordamos que si alguno de los dos estiraba la pata, el que se quedara no iba a viajar a despedir al otro, argumentamos que no era práctico, que era gastar dinero sin razón. "¿Para qué gastar guita si uno ya cagó fuego?"-dijo antes de lanzar un carcajada y contagiármela. Le dí la razón y sellamos el pacto con más risas como era nuestra costumbre. Le dije que cuando él se fuera lo íbamos a despedir como hacían algunas tribus que ponían a sus mayores en una canoa y lo enviaban río abajo con un poco de comida. Jorge se rió con más fuerza y yo también. Él agregó a mi historia que se llevaría una botella de vino y un salami y que cuando lo encontraran hecho momia verían que aun estaba sosteniendo el salami con su mano. Nos reímos hasta las lágrimas porque el salami llevó a otros divagues y así se nos fue la tarde.

Siete años después se cumplió el pacto y mis lágrimas caen y se van, engrosando el cauce y acompañando a Jorge río abajo.

Chac Mool Taquería

*A la hora de olvidar lo más difícil es conseguir
que se vaya del todo todo aquello que ya se fue.*

(Marwan)

Me duele que no seas vos quien vino en tu cuerpo para firmar esta paz necesaria. Éramos dos envases llenos de lágrimas. Llorabas por ella y yo aún lloro por vos. Te miraba sin expresión mientras moría por dentro. Caminamos mezclando silencio y preguntas sin mucho sentido bajo el sol de la tarde. Fueron nuestros últimos pasos lentos compartidos en el centro histórico de Puebla y como si algo me llamara levanté la vista y leí "disfruta el nuevo comienzo". Sonreí porque la vida me hablaba a través de una playera rosa. La vida es más literaria de lo que se cree. Las historias se escriben solas, pensé. Después de cuatro meses sin hablar me escribiste un mensaje que me encontró en el balcón del Palacio de Cortés en Cuernavaca, entre piedras aztecas, hierros que usaban para marcar a fuego a los esclavos y espadas de la conquista. Si lo leo en un libro de Carlos Fuentes podría pensar que fue una jugada literaria esta de traer a uno de los personajes a semejante escenario histórico. Esto pensaba de regreso a casa en el auto y cuando recordé a Carlos Fuentes como hace unos renglones atrás, miré por la ventanilla y leí el nombre de una taquería: Chac Mool... inevitable asociarlo a Carlos Fuentes... La vida me guiña un ojo otra vez y se sienta conmigo a escribir este relato de amor, de olvido, de miradas sin brillo, de puentes que se cruzan sin mirar atrás, de últimos abrazos y de una despedida, esta vez sí, para siempre.

Ese papelito que vale un millón de pesos

Te burlabas de mi pasado bohemio y autodidacta. Y a mi me daba risa y un poco de tristeza ver que te pagaban una universidad privada para perder seis años de tu vida. Está bien seguir un sueño o una vocación que requiera estudios pero... ¿quién te asegura que esa carrera que no te gusta te va a dar felicidad? Es matemática simple: ¿cuántos años tenés que trabajar para recuperar el dinero que se llevó la universidad? ¿No hubiera sido mejor agarrar una mochila y un amor y salir sin rumbo fijo a ser feliz?

Hablabas del mundo y no lo conocías. Tocabas de oído y tocabas mal. Estabas acostumbrada a encontrar todas las soluciones con el dinero que te daba el cajero automático y si tenías que poner un clavo en la pared se te abría un abismo bajo tus pies. Tu visión del mundo estaba adulterada por la comodidad, con la panza llena se filosofa distinto. La diferencia entre tu formación académica y mis días en la calle es la vida misma. Vos medís el éxito en calificaciones de exámenes, yo lo mido en libertad. Por eso cuando termines tus estudios y llegues a tu casa con el diploma enmarcado y lo cuelgues en la pared, respirá profundo y sentate a observar ese papelito que te robó seis años de vida y por el que pagaste un millón de pesos.

El inquilino ideal

Es digno de análisis el comportamiento de los dueños de inmuebles en alquiler. Ellos se sitúan en la cima de una montaña de exigencias que excede el sentido común y boicotea su propio negocio.

Son pocos los dueños que se esmeran en ofrecer una vivienda digna. Basta buscar en internet las fotos de los departamentos para encontrar una amplia galería de pocilgas sin ventilación, con muebles del año de la Inquisición, con una silla de cada pueblo, con la heladera en medio de la sala y los cables colgando para alcanzar el lejano enchufe. Te juran que el depto es "luminoso" pero las fotos que te muestran son de noche y con esas lamparitas de luz amarilla que deprimen y obligan a un suicidio inmediato. Los precios son irracionales.

Los dueños parecen princesas en el balcón esperando a su príncipe azul. Suspiran y están convencidos que algún día llegará esa persona cumpliendo todos los requisitos para alquilarle su tesoro inmobiliario. Los dueños avisan casi al borde del regaño:

- Certificado de estudiante
- Certificado de trabajo
- Garantía propietaria sólo de Capital
- Sólo para extranjeros
- Motivos por los que estará en la ciudad
- No fumadores
- No niños
- No mascotas

Tanto los niños como los perros son como sus padres/humanos los educan. Decir: "NO NIÑOS – NO MASCOTAS – NO FUMADORES" ... ¡es tan iluso!

Lo único que falta es que deba contarle al dueño que me levanto en la noche a hacer pis y esperar su V°B° porque tal vez con esas dos caminatas nocturnas al baño le podría dañar el piso de parquet.

Entiendo que la experiencia indica que si el dueño es permisivo, el inquilino abusa y viceversa. Es muy difícil que dueño agradable e inquilinos responsables y honestos se unan para la feliz renta de un inmueble pero aferrarse con uñas y dientes a una lista enorme de requisitos inapelables no parece ser el camino ideal.

Por eso a vos, dueño soñador y exigente que me discriminas por mi pequeña perrita educada, te deseo que toque a tu puerta el inquilino de tus sueños, que te deslumbre con su imagen correcta, que te inunde el olfato con su perfume irresistible, que hable pausado y te convenza de que él es tu inquilino ideal, que te pagará puntualmente tu renta y lo hará con esa sonrisa que ahora te hipnotiza mientras disfrutas por adelantado ese dinero en tu cuenta bancaria. Te deseo que ese espejismo de perfección se desvanezca cuando te llamen los vecinos quejándose de los escándalos de "tu nuevo inquilino", de las fiestas que hace desde el jueves hasta el domingo llenando la casa de gente, de las colillas de cigarro que tira por la ventana y le caen en el patio a la del 1°B y del olor a podrido que despiden las bolsas de basura amontonadas en el balcón. Te deseo que los pagos se retrasen y debas buscar mil formas de ubicar a tu ocupado inquilino para pedirle tu dinero y cuando te hayas pasado el día entero en el umbral del edificio esperándolo y por fin lo sorprendas llegando a las dos de la madrugada él te diga con su sonrisa "Colgate": "aguantame unos días, flaco" y debas contar hasta diez e irte por donde viniste con las manos vacías. Te deseo que cansado de todo esto decidas recuperar tu patrimonio y le pidas que deje el departamento lo antes posible y descubras una mañana que tu inquilino estrella ha decidido embarcarse contigo en una peregrinación legal en la que la ley lo protege a él y no a vos y como resultado tenés a alguien viviendo gratis en tu propiedad y un juicio en curso que te genera gastos.

Cuando pasen los años y estés agotado y en bancarrota lamentándote por haber sido seducido por sonrisas y perfumes y apariencias como una adolescente ingenua y se te plante un lagrimón en las escalinatas de algún juzgado capitalino, yo pasaré casualmente por allí con mi pequeña perrita educada para coronar tu desgracia haciendo leña del árbol caído: "como le va... cómo le ha ido... bueno... que tenga buen día... nos vemos..." Y mientras me alejo caminando lento junto a mi familiar perruna pensarás que podrías haber sido más vivo y más flexible y que mi perrita no te hubiera destrozado el departamento, ni te hubiera incumplido los pagos, ni te hubiera usurpado tu inmueble... pero lo hecho, hecho está. El "hubiera" no existe y como decía mi abuela: "si la mesa tuviera ruedas, sería un carrito".

Deshumanizados

Estamos sentados frente a frente, cada quien con el alma puesta en sus dispositivos móviles. El silencio del ambiente, las pequeñas lucecitas del teléfono iluminando nuestras caras ausentes, hablando con uno o más extraños en lugar de comernos a besos. Como le pasa a muchas parejas nos da más terror extraviar el celular que perder un amor. De vez en cuando una risita y un comentario ligero acerca de un meme o un post y yo que te contesto sin ganas, te miro y recuerdo los primeros meses en que éramos felices.

El amor tiene un desgaste inevitable y una lista interminable de motivos que podrían matarlo sin piedad. Amar es tener miedo de perder. Es no bajar la guardia y pulirse uno mismo para evitar que otra persona más interesante nos quite lo ganado en buena ley y nos deje en soledad.

Te miro y no entiendo qué nos pasó. Me hiere tu indiferencia y trato de hablarte como aconsejan las terapeutas en los programas de la mañana y mi abuela con su tierno consejo. Intento comunicarme para exponer el problema y buscar soluciones de a dos. Nunca pude llegar a vos, siempre pusiste un muro que se derrumbó sobre mí. Y yo que cargo con mala fama te doy la coartada perfecta para escapar de toda responsabilidad en esta historia.

Llevo tantos meses en esta lotería de estados de ánimo que ya no sé lo que siento. Somos como un chicle que pisamos al caminar: es tan molesto que no deja avanzar y hacemos lo imposible por quitarlo de nuestro zapato y aunque arrastremos el pie con fuerza en las baldosas desparejas, siempre queda algo de pegajoso y sucio, igual que mi alma que empieza a oler a podrido.

Y en el medio de esa inestabilidad descubro tus mentiras y la confianza se rompe para siempre. Miles de recuerdos y situaciones aparecen en mi mente. No hay vuelta atrás, no puedo volver a creer en tu palabra porque me acuerdo de los gestos completos de tu cara al mentir mirándome a los ojos. Duele tu traición y más mi ingenuidad. Y aquí estoy, en tu casa, presa de mis pensamientos y conjeturas, volviéndome loca dentro de mi cabeza porque si hablo o levanto la voz se te hace muy fácil juzgarme.

Pienso soluciones, como siempre, en solitario. Me siento víctima y pierdo mi dignidad lamentándome por lo que no es, por lo que no sentís. Te observo frente a mí, tan cerca y tan lejos, tan dentro de tus intereses virtuales y pienso en formas de matarte o arruinar te la vida.

Me doy cuenta que esto ya se nos fue de las manos y es una relación enferma de la que no podemos escapar. Si supieras todas las formas de matarte que pasan por mi mente te asustarías. No creerías de lo que es capaz la imaginación cuando se junta con la rabia, la frustración, la humillación y el desamor. Si pudieras leer mi mente no me estarías sonriendo de lado con esa risita idiota tratando de convencerme que ese video de YouTube es gracioso.

Se acabó mi amor cuando se acabó el tuyo. Ahora quiero justicia, si es que en el amor cabe ese término. Ahora quiero que me veas a los ojos y pagues por cada minuto y cada lágrima que te dediqué. Quiero que recuerdes tu expresión de fastidio, tu semblante inmovible ante mi desesperación, tu sonrisa socarrona mientras yo lloraba por vos. Quiero que sufras con una muerte lenta y consciente con suficiente tiempo para repasar cada capítulo de nuestra historia. Quiero que lo último que vean tus ojos sea mi cara de cuenta saldada. Quiero que sientas como estás muriendo con cada segundo que pasa sin poder aferrarte a nada porque la suerte está echada y es cuestión de minutos que te vayas para el otro lado. Quiero que te conviertas en nada.

Monte Queso

Un tren lo dejó en la estación de Monte Queso y se alejó sobre vías de escarbadientes. Una plaza, un viejo tanque de agua y el olor característico de los originales semáforos de longaniza. Perfumes de hamburguesa y choripan. Árboles de copas de coliflor. Sendas peatonales de pan lactal. Arquitectura gastronómica.

Monte Queso daba la bienvenida a sus visitantes con copetines al paso. Más de un colado estiraba la mano con cara de distraído para hacerse de un canapé y el personal municipal hacía la vista gorda porque, según el dicho: la comida no se le niega a nadie.

Decidió borrar su gesto de asombro ante el paisaje urbano de Monte Queso y su cordial recibimiento y buscó la Secretaría de Obras Públicas. Mientras esperaba su turno en aquellas oficinas de Gouda se entretuvo observando los retratos de viejos mandatarios. Todos con sus bigotes tiesos sonriendo en la plaza principal. Una cronología de imágenes en blanco y negro. El pasado observando el presente con ojos congelados y nosotros invadiendo la historia sin permiso del tiempo. Abstraído en pleno ejercicio reflexivo, no vio un maletín apoyado en el piso y tropezó torpemente. El estruendo de la caída acaparó la atención de los municipales y su sonrisa estúpida los invitó a volver a su tarea. Todavía desparramado en la alfombra observó que alguien sonreía mientras le agradecía por la imagen cómica que acababa de eternizar con su cámara fotográfica.

-Ana. Fotógrafa municipal de 8 a 16 y artista independiente las 24 horas.

-Alonso Niño. Colocador de lunas, quinta generación en el oficio.

El silencio de Ana obligó al desarrollo de una explicación.

-Entiendo su gesto de asombro mi querida recién conocida Ana, pero permítame que le cuente cómo funciona esto: los empleados del Servicio Astronómico de Monte Queso han notado que los días son más extensos, a razón de 5 minutos 20 segundos por jornada. Calcule que si esto sigue así, esta ciudad no conocerá la palabra noche. El descanso se haría necesario y quimérico, las plantas se secarían en una semana, en fin, el agobio de las altas temperaturas haría la vida imposible. Mientras el Servicio Astronómico determina las causas de este extraño fenómeno y su solución definitiva, he sido contratado para instalar un sistema de luna provisoria para evitar tal catástrofe astral. Por ese motivo llegué a este pasillo público en dónde el destino me hizo esta graciosa zancadilla con su maletín de fotógrafa.

La conversación siguió por diversos caminos hasta que la voz de una empleada reclamó la presencia de Alonso. Sin poder desanudar las sensaciones que lo ataban a Ana, Alonso hizo un gesto de reverencia exagerado con una gran sonrisa y entró en la oficina donde lo esperaban.

Los trámites para la iniciación de la obra estaban en orden. Pactaron honorarios y el resto se concretaría en el Parque del Servicio Astronómico de la Municipalidad de Monte Queso, ubicado a orillas del Río Sardo, en las afueras de la ciudad.

Instalado en su natural ámbito de trabajo Alonso hablaba ante un atento auditorio: pájaros, perros vagabundos, abejas, bichos bolita:

-Sólo se necesita un hombre para este trabajo. Hay que saber un poco de mecánica, otro poco de electricidad y mucho de poesía. Y para un lugar como éste elegí una luna exquisita: una brillante luna nueva de Queso Azul (antiguamente Roquefort) -hizo hincapié en esta última aclaración.

El día de trabajo transcurrió con normalidad: cables pelados, unidos nuevamente, circuitos reparados y controlados, pulido de la luna nueva, etc. Alonso esperaba el momento de enroque entre luna y sol, ese traspaso

presidencial de cada día. Poco a poco la brillante luna nueva fue ganando el cielo y el excéntrico colocador había cumplido su trabajo.

El Río Sardo corría con su velocidad sin urgencia y al ver el reflejo de la luna en sus aguas Alonso dejó escapar un suspiro. Cuánto escenario para tanta soledad, pensó y se sintió vencido por la nostalgia de un viejo amor. Se abandonó al doloroso ritual de recordar canciones y rascarse heridas que todavía duelen. Más tarde, alumbrado por plateados reflejos, se quedó dormido.

Al amanecer, dos empleados municipales le hacían señas desde lejos para que se acercara. Alonso permanecía cautivado por la naturaleza de Monte Queso y con la lentitud de no querer abandonar el paisaje, juntó sus cosas y se dejó llevar hasta la ciudad.

En la Secretaría de Obras Públicas recibió felicitaciones y dinero. Posó para las fotos que adornarían luego los pasillos de la municipalidad y cerró su estadía con honores. Ana estaba esperando la finalización del acto para hablar con Alonso Niño. Se acercó a él y le dio un sobre de papel marrón de 24 x 30 cm. Alonso la miró con un gesto de intriga, dejando entrever que la nostalgia lo había invadido.

-Le traje estas fotos de recuerdo- dijo Ana – las tomé ayer mientras usted colocaba la luna, después de todo es mi trabajo, no?

-Gracias.- contestó Alonso mirando las fotos .- Qué curioso, no escuché sus pasos, no me di cuenta de que usted estaba allí, esta vez no tropecé con su maletín .-sonrió.

-No me gustan las fotos preparadas por eso trato de pasar inadvertida... Pero permítame que le pregunte en qué estaba pensando, su mirada parece perdida en un laberinto.

-Ay...-suspiró Alonso - ...mi profesión me ha llevado a mucho lugares. He

colocado lunas de papel en ciudades de cartón, algunas para que duren apenas media hora, lunas de brillantina para adornar serenatas, lunas de chocolate blanco, lunas de miel, lunas naranjas de calabaza, en fin, he visto cientos de lunas subir al cielo y brillar. Pero ayer, esta enorme luna de Queso Azul me empujó al recuerdo de otra luna igual pero guardada en el pasado. Imposible volver a contemplarla si no es de a dos. Pero disculpe, no quiero aburrirla con mis pesares, le agradezco muchísimo las fotos.

-Siga contándome... dicen que alivia contar las penas.

-Sí, puede ser, al menos por un momento no duelen tanto. Aquella luna era nueva, empezaba un año, auguraba felicidad, empañaba vidrios, construía castillos, iluminaba nuevos sueños. ¿Qué pasó? Después de unos meses el libro se siguió escribiendo y no hubo lugar para mí en la próxima página. Entonces ese libro se terminó ahí. Dejé mi vida en esas carillas y salí a buscar lunas nuevas buscando el mismo esplendor, la misma majestuosidad. Obviamente no los encontré. Y la luna de ayer, en este lugar, revolvió mis silencios perdidos y me bañó con una luz parecida, por eso quise quedarme ahí, permanecer bajo ese abrigo invisible buscando volver a mi vieja luna de mar y año nuevo. Uno tarda menos en subir lunas que en bajarlas y salir ileso.

-Qué triste lo que me cuenta, Alonso...

-Sí, pero bueno...usted no se ponga triste que esta ciudad es de fantasía y no hay lugar para el dolor, ¿no le parece? ¿O acaso se puede estar afligido bajo este cielo celeste o caminando sin zapatos sobre pastos de arcoiris? No me haga caso, Ana, en mi ciudad dominan los grises y no estoy acostumbrado al color.

Alonso se arregló el traje y caminó las cuatro cuadras que lo llevaron a la estación de tren. Un auto con parlantes anunciaba la inauguración oficial de la Nueva Luna de Monte Queso y se mezclaba el sonido con el de una avioneta que cumplía la misma función informativa. Las calles tenían

magia y Alonso se dejó inundar por aquellas sensaciones, por un momento de olvido; quizás tuviera que volver a este lugar de cuento fantástico, quizás aquí lo están esperando el olvido y el futuro y nuevos ojos de Penthax. Tal vez no todo está perdido en recuerdos de lunas ajenas o equivocadas. Quizás esas vías de escarbadietes que llevan y traen a los trenes se conviertan en una cadena de aceitunas que lo aten a Monte Queso y a la vida otra vez.

Noche porteña

Las risas se mezclan con palabras. Se escapan de las bocas grotescas pinchando el humo de cigarrillo instalado bajo el cieloraso. El último tango de la noche parece más triste en aquel tugurio de la calle Esmeralda. En los rincones oscuros, como tejiendo telarañas, se esconden las parejas que no pueden esperar. La magia de una atmósfera propicia para la diversión y el olvido se escapa con cada persona que se va del lugar. Quedan pocos cuerpos desparramados en las mesas, abrazos a putas y a botellas. El bandoneón termina su trabajo y espera inúltimente un aplauso desde el auditorio decadente.

En la calle la oscuridad de la madrugada, en esa sala la sombra de personas vacías y el silencio nuevo de la orquesta que completa la trilogía fatal. Es imposible contar los cigarrillos fumados durante la noche. Las colillas están por todas partes, en orgías cenicientas sobre las mesas, aplastadas en el piso sucio, en la boca de algún borracho, como pedazos de vida que se quiere dejar atrás.

En una mesa perdida en ese simulacro de infierno, un hombre desaliñado, con restos de decencia diurna, tiene la mirada fija en un punto cualquiera. Rechaza varias veces la oferta de las putas. Una botella de whisky casi vacía aplasta una carta escrita con letra de mujer, firmada con perfume y despedida y mojada con lágrimas de hombre unas horas después en ese antro sin caras conocidas.

Con una sonrisa alcohólica, el hombre cierra y abre los ojos con la esperanza de despertar en otra realidad. Se siente minúsculo entre millones de situaciones iguales que ubican su dolor en el estante del lugar común. Se ríe solo en su tristeza, estrenando el eco que dejó vivo el silencio en un tiempo medido con recuerdos, lento como una espera ansiosa.

Restos de una noche sin estrellas con nubes de aire viciado. Una cama vacía que espera en alguna habitación. Infinitos detalles que convertirán su vida en un tortura. Calles intransitables, tangos hirientes, tranvías sin destino. Año 40, Buenos Aires. Calle Corrientes y obelisco. Tango, ausencia, noche y dolor. Nada nuevo en el misterioso transcurrir de la eternidad.

El amanecer y el dueño del local arrastran al hombre hasta la puerta de salida. Lo empujan como a una bolsa de basura mientras sonríe y levanta las cejas para ver nítidamente lo que su borrachera multiplica por dos. El golpe de la puerta al cerrarse lo devuelve a una ciudad nostálgica. El hombre mira su ropa sucia, levanta la cabeza y el ruido de un tranvía le retumba en la conciencia ebria. Movimientos torpes se suceden sin éxito. No logra levantarse del piso húmedo y un barrendero que empieza su trabajo se acerca en su ayuda.

-Ey! Amigo. ¿Está bien? ¿Se le perdió algo?

Con esa lucidez atroz de angustias que solo borra la muerte, el hombre hace un esfuerzo para articular las palabras y responde:

-El alma perdí...

Un vaso de agua

El camino divide el paisaje. Una camioneta negra desgarrar el aire más rápido de lo que su carrocería puede soportar. Un teléfono celular interrumpe el silencio de un viaje largo y una voz arranca al hombre de sus pensamientos. La breve conversación anula la urgencia del viaje y la importancia de tener el maletín con tanto dinero sobre el asiento trasero.

El sol calienta a través de las ventanillas. Pocas y precarias viviendas aparecen al costado del camino y a lo lejos se ve la entrada al pueblo. Ya no es necesario llegar a tiempo, el dinero no sirve. Los kilómetros se amontonan detrás del vehículo y en el abismo de una mente desesperada.

Cinco lágrimas mojan la camisa azul. Un cigarrillo asoma desde un paquete casi vacío. El hombre lo enciende y se distrae confiado en la monotonía del camino. Dos perros corriendo cruzan la ruta y la camioneta maniobra para esquivarlos. Muerde el borde del camino y pierde el control dando dos vueltas en el aire. El cuerpo del hombre sale despedido y cae lejos del vehículo. Silencio. Una mujer morena con la cara marcada por los años se acerca y apoya en el suelo la bolsa de los mandados. Se arrodilla junto al hombre y lo escucha balbucear. La mujer se paraliza ante la impotencia de una vida que no puede salvar. Los vecinos llegan al lugar y más tarde una patrulla estaciona levantando una pequeña nube de polvo. Demasiado tarde, la ambulancia cumple la única función de trasladar el cadáver del hombre. Un chico que pasa en bicicleta encuentra el maletín y se aleja pedaleando con fuerza. La mujer cuenta lo sucedido a los pobladores curiosos y sus palabras transmiten la conmoción y solidaridad de la gente simple. Con la sensación abrumadora que deja la cercanía de la muerte, la mujer se lamenta... "pedía agua... se murió ese hombre sin tomar un vaso de agua."

Abrazada a Lupita

-Pero.... ¿qué pasó Doña Esther tanto revuelo? No más salí a comprar un poco de perejil... ¿qué pasó?

-Ay doña Elvira ni me diga, que yo estaba cosiendo una camisa de Ricardo y que siento la sirena cada vez más cerca y me asomo y veo que se paran aquí en el edificio...

-Pero... ¿qué pasó? Hágala corta Esthercita... que se me va la vida aquí parada...

-Dicen, no sé... se comenta que fue la chica de la azotea que se quiso matar.

-Ay Dios me libre y guarde y ¿por qué? Esta juventud no encuentra el camino, que barbaridad, ya ve en nuestras épocas lo que sufríamos en silencio y nunca se nos cruzó por la cabeza cortarnos las venas... qué va...

-No pero no se cortó las venas...

-Ah... ¿no?

-Dicen que se dejó morir... que dejó una carta y todo...

-No me diga... y ¿qué dice la carta...?

-Todavía no sé, estoy esperando que se enfríe un poco la cosa para preguntarle a Doña Encarnación ya ve que el hijo trabaja en la policía y le tocó justo venir a esta emergencia...

-Ay Esthercita no somos nada... un día estamos y al otro somos polvo y recuerdo...

-Así es doña Elvira... pero la vida sigue... que se le va a hacer.

-Buenos días Doña Elvira, cómo le va Doña Esther... ¿ya vieron que se murió la chica de la azotea? Ya decía yo que era un poco rarita, llena de perros, siempre sola, ¿qué vida es esa?

-Y bueno doña Catalina no hay que juzgar, uno nunca sabe, hay que estar en los zapatos de cada uno para entender...

-Tiene toda la razón Esthercita y usted doña Cata ¿que hace tan temprano por el barrio un domingo? ¿No se había ido con su hija y los nietos?

-Si doña Elvira me fui ayer en tren hasta Caseros pero resultó que mi consuegro se descompuso y lo hospitalizaron y como bien dice el refrán "mucho ayuda el que no estorba" hoy tempranito agarré mis cosas y aquí estoy... y me encuentro con esto, no se gana para sustos...

-Ya lo ve, julio los prepara y agosto se los lleva...

-Y ahora que irá a pasar con tanto perro que deja esta chica, ¿no saben si tenía familia?

-A ciencia cierta no sé, se la veía muy poco pero siempre saludaba con una sonrisa muy amable y atenta, una vez me ayudó con las bolsas pesadas que traía de la verdulería y la carnicería, fue el día de la comunión de Osvaldito, ¿se acuerda? Ese día que llovió tanto y se nos inundó el patiecito en plena fiesta...

-Y ¿cómo está el Osvaldito tanto tiempo?

-Bien, estudiando, cada vez más grande, cómo pasa el tiempo...

-Buenos días señoras soy el oficial Villalpando de la seccional 33, estamos investigando el suicidio de esta chica.... Paula... si, Paula. Ustedes ¿vieron algo sospechoso estos días? ¿Hablaron con ella? ¿Conocen a su familia? ¿Amigos?

-Ay oficial sabemos poco y nada que más quisiéramos que ayudarle pero la chica no se dejaba ver mucho que digamos, apenas si nos saludaba con una gran sonrisa, justo de eso estábamos hablando aquí con Doña Catalina... y digamé ¿cómo la encontraron?

-No puedo dar detalles porque es parte de la investigación pero llamaron al 911 los vecinos de al lado porque los perros ladraban mucho y raro.

-Ay ¿cómo raro? Los perros ladran o no ladran, ¿cómo que raro?

-No se crea doña Elvira eh, el Rocky tenía ladridos distintos, ladraba de alegría, ladraba de guardián y el día que a Rodolfo le dio el infarto ladró raro, fíjese... no me pregunte cómo pero ladró distinto...

-Claro... doña Esther tiene razón, los animales perciben... se dan cuenta más que uno...

-Y ahora que va a pasar con esos animalitos me pregunto... no los irán a tirar a la calle, ¿no, oficial?

-No creo... ya estamos intentando localizar a la familia o amigos o alguien que pueda darnos más información sobre las razones del suicidio y hacerse cargo de los trámites y las cosas que dejó.

-¿Qué haces Villalpando? ¿No te tocaba franco hoy?

-Sí pero balearon a González y me llamaron para cubrir el turno... que se le va hacer... ¿encontraron algo acá?

-Casi nada... la heladera vacía, libros tirados, papeles escritos y dibujados, el celular descargado, mierda de perro y muchos ladridos... se ve que se murió de tristeza...

-¿Y ahora te salió el poeta?

-No jodas en serio... ¿no ves la escena? se dejó morir, se consumió su cuerpo, mirá... es casi un esqueleto, se ve que a los perritos les dio de comer hasta donde sus fuerzas le permitieron aunque están casi tan flacos como ella. Y así se murió abrazada a esa perrita negra que no se quiere separar de su lado, a los demás se los llevó una vecina mientras logran reubicarlos pero esa perrita negra no se quiere mover de ese último abrazo... lo que son los animales ¿no? Si yo me llegara a morir entre mi suegra y mi señora se pelearían por enterrarme lo antes posible...

-Villalpando ahí te llama Jiménez, dice que encontró algo...

-Jiménez... ¿qué paso? ¿Qué encontraste?

-Una carta... ahí dice lo que pasó...

-A ver...

"Conozco ese instante donde todo es nada, cuando se quiere escapar y no hay salida, cuando los oídos zumban, la cabeza se comprime y pienso a los gritos. Conozco la invitación del abismo y el perfume de la muerte. La vida es una muerte lenta y mi agonía por fin terminó."

Zapatito

¿Cómo empezar el día después de una noche de violación matrimonial? Sin tiempo para cuestionarse costumbres ancestrales, la mujer deja su rancho y baja al pueblo para cumplir sus tareas. Su cuerpo es una colección de contexturas pequeñas marcadas por la dureza de una vida de privaciones. La siguen tres hijos por el mismo camino de tierra y resignación. Las tradiciones se heredan y se aceptan y se sufren sin intentar cambiarlas. Pies descalzos y faldas negras. Semillas que involucionan.

Los golpes en la puerta avisaron que el desayuno estaba listo. Apenas pudo abrir los ojos y ver la hora en la pequeña tipografía de su celular. La habitación en penumbras, el sol empujando la tela de las cortinas, su cuerpo desnudo junto a ella, también sin ropa. El aire del cuarto era una mezcla de silencio y perfumes. Se levantó con movimientos lentos, de huesos y músculos cansados. Juntó la ropa desparramada en la urgencia nocturna de quererse un poco. La miró dormir, aún perdida en los restos de la madrugada. Bostezó. Se asomó por la ventana achicando los ojos, defendiéndose de la brutalidad luminosa del día. Caminó hasta la puerta y buscó el desayuno que esperaba apoyado en una mesita.

El entorno era el mismo de siempre. Cien metros cuadrados de pasos ajenos a interceptar. Una y otra vez, con terquedad, con la persuasión de sus propias miserables apariencias. Un día igual a otro. Una cadena de igualdades, una multiplicación chata, una eterna carretera recta, aburrida casi infernal. No conocen otras opciones. ¿Será que desde afuera se ve todo más terrible?

Edificios con historia. Ya los tenían catalogados desde que planearon su viaje por internet. A cada paso sienten la vibración de ese suelo impregnado de leyendas. No alcanzan ni la cámara ni las miradas para

asimilar el paisaje. El silencio de la contemplación los deja solitarios, cada uno busca su ángulo de observación para luego comentar entusiasmados sus impresiones personales.

-Tres pulseras por diez. Cómprame. Cómprame. La frase constante para quien observa en silencio el rumor del parque. Incansables ofertas, repetidas negaciones, curiosidad de los recién llegados. Ella pasea concentrada por un mapa en blanco y negro. Él tiene la poderosa sensación de ver toda la pobreza de un estado en un zapatito gastado. Observa los pies dentro de ese calzado curtido y cansado, como debe tener alma y el cuerpo, piensa. Y sin embargo son parte del souvenir del turista, son parte de las postales y las fotos para el estante de la oficina. Este juego de todos los días tiene algo de macabro. Esta desigualdad de oportunidades es resultado de una ruleta cósmica sin chance a devolver si no nos convence el regalo.

Época de lluvias. El sol tapado por las nubes como un político por sus guardaespaldas. En diez segundos el parque queda desierto y la gente busca refugios. La lluvia envía clientes a los cafés. Los pies descalzos solo esperan bajo un alero que el aguacero termine. El agua lava la tarde y las luces de la plaza anuncian la noche. Subsistencia convertida en pintoresca realidad de folleto. Las fotos enviadas por e-mail son la novedad del día para los familiares que están en casa. Imágenes que dicen que algo anda mal pero a nadie le importa.

Vaivenes de un esqueleto

Como en el final feliz de una película mala, aceleré el paso con la ansiedad de toda una vida en la garganta. Creo que no escuché más que mi respiración agitada por el desnivel del terreno. El aquelarre de franceses y europeos varios quedó atrás. Ese enjambre de cámaras fotográficas y sombreros de la Isla de Gilligan no arruinó mi esperado instante de gloria. Con el suspenso de un inminente salto al vacío frené al borde del barranco y ahí estaba: majestuoso e imperturbable, con la seguridad de sentirse eterno. Sí, ese momento cambió mi vida. Aunque parezca algo trivial, ahora que han pasado algunos años, ese mediodía de verano congeló el tiempo en mi cabeza. El murmullo de esos turistas le robó el misticismo a la escena y me acostumbré por unos minutos a sentir su presencia a mis espaldas.

Ningún paisaje se compara con el mar transparente y la arena blanca. Esta continuación exacta y previsible de otoños patagónicos se hace cada vez más difícil de tolerar. No es lo mismo un cielo gris que un cielo celeste sin nubes. No es lo mismo leer bajo la sombra de un árbol que leer frente al hogar a leña. No quiero ser una cebolla a la hora de desnudarme, sacándome una prenda tras otra en un aburrido streptease solitario.

Se estremece el cielo con cada trueno. Se ilumina la calle con un esplendor intermitente y fugaz. Este lugar no es mi lugar y mis dedos construyen con palabras el escenario de una vida mejor. ¿Para qué sirven, si no, los libros? Para escaparnos de la realidad pegajosa, de roces repetidos y vacíos insalvables. La humedad del alma pudriéndose adentro sin que a nadie le importe. Un desesperado intento de no necesitar de nadie. La sensación de existencia efímera que acalambra las ganas. Un tamiz con ilusiones desgajadas cayendo en la tierra negra del destino marcado.

Palabras, combinación adecuada de letras. Escaleras del pensamiento. La noche acentúa mi tristeza. Una tristeza que flota, no se rebela. No quiere irse, se acomoda en cada rincón de este aire viciado. Me mira de reojo y se ríe a carcajadas. Ya me conoce, sabe que trato de matar el dolor con palabras. Y aparece siempre puntual para ser mi única espectadora. No tengo el valor de enfrentarla, prefiero hacerme la distraída e ignorarla hasta clavarle un puñal de versos y así sacarla del camino por un rato.

Hay cinco cajas en aquel rincón. Muchos libros, tres cuadros de viejos dolores y las fotos que certifican mi paso por este planeta. Dejé un poco de vida en cada cuerpo que se unió al mío. Distintos perfumes, siluetas a media luz, manos que bajaron lunas y escribieron despedidas. Saltos al vacío y valijas en la puerta. Las personas se van y el corazón oxidado nos sigue doliendo. Nos avisa que va a venir otra sonrisa y otros ojos y que otra vez se va a repetir la historia. Y así, a sabiendas, nos deslizamos vertiginosamente hacia otro pozo que nos va a doler más porque se suma a los anteriores.

La imagen de un bostezo. De una tarde sin fecha en un piso catorce, de mi abuela y un ataque de bostezos. Llegué a contarle veinticinco seguidos. Una imagen que quedó en mi memoria. Ahora, lo único que tengo de ella: recuerdos. Palabras e imágenes. Una última imagen de cuerpo vacío por la muerte. Una mañana de trámites apurados y tierra sobre un cajón de madera. Una sensación de nada y de todo. De no saber y de qué esperar. Un presagio del destino común. Una foto de otros tiempos y el calor que todavía siento en ese abrazo de diez por quince. Se me cae una lágrima que chorrea por dentro. Se resbala y se hace herrumbre de latidos iguales.

Busco monedas en un bolsillo roto, descosido por los tirones de la necesidad. No uso billetera, no la necesito. Cuando el dinero me visita me ocupo de no dejarlo salir pero él insiste en seguir su camino. Yo no me preocupo mucho por buscarlo. Siempre hay un precio para todo. Yo nunca quise pagarlo y así estoy, con la fortuna de mis palabras sin cotización de bolsa. Con hambre muchas veces y la panza llena muchas otras.

Alimentando mi bohemia con esfuerzos ajenos. Agradeciendo cada gesto de solidaridad hacia mí. Durmiendo en sábanas de otros, respetando soledades estipuladas y caminando de norte a sur y de sur a norte tantas veces como sea necesario. Caminando con el mar a un costado. Un mar que no es transparente pero se hace respetar con una gama de colores opacos, de caparazón de tortuga. Un mar que inspiraría poetas pero no pintores. O quizás pintores melancólicos tratando de encerrar en el lienzo rectangular el abismo de un horizonte. Por eso insisto en volver a ese mar de paraíso tropical, aunque sea para que mis huesos se pudran en ese suelo de paz y belleza infinitas. Para sentir como se pasa de la vida a la muerte con el sonido del viento en las hojas y las olas en la playa. Es raro planificar el final. Yo pienso vivir mucho tiempo más. Y si algún día me encuentro con la huesuda de frente: piquete de ojos y a correr.

¿Es posible lavarse las caricias que tiene el cuerpo? Es posible revivir sensaciones de vértigo, de primera vez con alguien. Es posible volver a sentirse inmortal pero un inmortal con abolladuras que se notan en la piel. Con menos ganas de apostar, de soñar, de compartir, de aguantar ruidos y vaivenes de otro esqueleto que conviva con nosotros. Ya no queremos fundirnos los dos en uno, o gritarle a la gente que pasa en el colectivo que estamos enamorados. Ya no abrimos los ojos con la misma pregunta en las pupilas porque conocemos las respuestas de antemano. No hay ingenuidad. No hay entrega. Nos vamos encerrando en una cárcel de malos recuerdos, de desilusiones vigentes y olvidos presentes. Colgamos en la pared el cartelito: "mejor solo que mal acompañado" y preferimos terminar nuestra vida con un perro fiel durmiendo a los pies de la cama.

"Vaivenes de un esqueleto" Tercer Premio - Narrativa
2do Concurso Literario "Manos Solidarias"
Rotary Club Mar del Plata, Buenos Aires, Argentina. Junio 2004.

El caso de la pizza engullida

Una noche de octubre fui llamado a resolver un caso en las afueras de la ciudad. Llegué al domicilio, exhibí mi placa y entré quitándome el sombrero. El agente que respondió al llamado del 911 narró los sucesos mientras atravesamos un pasillo y llegamos a la escena del crimen: la sala. Allí había una mesa, cuatro sillas ordenadas al azar como consecuencia de lo sucedido y una caja de pizza con las migas de lo que horas antes fue una deliciosa "grande de mozzarella". La dueña de la casa exigía justicia ya que recuperar la pizza era imposible. Miré a mi alrededor y los sospechosos lucían su expresión más inocente. Respiré profundo y le pedí calma a la señora que no paraba de hablar mientras con señas de rutina indiqué a los agentes que nos dejaran a solas con los sospechosos.

Me quedé inmóvil y enfoqué mis ojos en los sujetos quienes bajaron su cabeza intimidados por mi mirada segura y penetrante. Me moví con gestos calculados, dejando pasar el tiempo y esperando que la tensión del momento les arrancara una confesión que no llegó.

Podía sentir la mirada de cada uno de los sospechosos siguiendo mis pasos por la habitación, acompañando los gestos de mis manos al encender mi puro, observando mi primera exhalación y el humo ascender deshaciéndose en la penumbra. El plan para identificar al culpable ya estaba en marcha.

Dejé pasar un buen rato de silencio y movimientos ensayados hasta que pedí a mi asistente que trajera los elementos para la estocada final. Mi media sonrisa y una ligera risa petrificaron las caras de los sospechosos y aumentaron su intriga y ansiedad. Dos agentes ingresaron a la habitación con cuatro platos de carne y croquetas en la mano. Les indiqué donde ubicarlos y no tuve que esperar mucho tiempo para resolver el enigma.

Tres de los cuatro sospechosos se lanzaron a devorar el manjar que se les ofrecía mientras "Cejas" miró su plato con cara de asco y bajó la cabeza escondiendo su mirada. Apagué mi puro, tomé mi sombrero y fui al encuentro de la dueña de casa para informarle los resultados de la investigación. Me agradeció con gestos exagerados y un apretón de manos interminable. Los agentes se retiraron del lugar dejando tras de sí a los perros satisfechos lamiendo sus platos. Pude ver a "Cejas" buscando una planta de albahaca en el jardín para purgarse y devolver el botín en otro formato.

Me puse el sombrero, me arropé el abrigo, encendí otro puro y me perdí en la niebla de la madrugada.